

se habían agotado, y la ayuda de los ingleses no fue clara. Se desplazó a la isla de Trinidad a esperar mejores condiciones, las que nunca llegaron y decidió retornar a Londres, a donde arribó el 21 de diciembre de 1807. Una vez allí, retomó su proyecto, se reunió con las autoridades inglesas, tratando de convencerlas, sin resultado positivo, de una nueva expedición revolucionaria. Sin embargo, la invasión napoleónica a España le significó a Miranda una nueva esperanza, pues los ingleses temían que las colonias terminaran en poder de Francia. Poco tiempo le duró la esperanza, pues los españoles se aliaron con Inglaterra para combatir a los franceses. A principios de 1809 algunos venezolanos lo convencieron para que comandara la lucha independentista, pero Inglaterra lo frenó. Fundó entonces el periódico *El Colombiano*, cuya primera edición, de 200 ejemplares, apareció el 15 de marzo de 1810. En los siguientes meses, el proceso revolucionario de las colonias se agigantó, en Venezuela apareció la figura de Simón Bolívar, que viajará a Londres, luego del “grito” de independencia en Caracas, el 19 de abril, y el establecimiento de la respectiva Junta de Gobierno, encabezando una misión diplomática con el objetivo de obtener el reconocimiento del nuevo gobierno, pero, el futuro Libertador tenía otro interés: conocer a la leyenda viviente de Francisco de Miranda y Rodríguez, a quien admiraba. El encuentro se dio el 13 de julio de 1810.



Esa primera entrevista transcurrió dentro de los trámites normales de un primer acercamiento, con diplomacia y sin hablar de nada trascendente, pero Miranda y Bolívar, cada uno por su lado, estaban interesados en la vinculación del primero al proceso

revolucionario. Pese a sus diferencias con la clase mantuana, Miranda comenzó a frecuentar los espacios donde confluían los miembros de la delegación venezolana. Pasados unos días, Bolívar le propuso a Miranda, adelantándole unos dineros, que viajara a Venezuela para que se hiciera cargo de la dirección del movimiento, lo que él aceptó, preparó su viaje y partió el 10 de octubre, veinte días antes Bolívar había hecho lo propio.

Al llegar a Venezuela se había suscitado cierta expectativa por el mito, la decepción fue grande pues el envejecido y cansado general no se sintió bien en su patria, se sintió desarraigado, lo que dejó traslucir, además no tenía nada claro respecto a las acciones a seguir en materia del proceso revolucionario. Con prontitud, Bolívar se decepcionó de su mítico héroe. Miranda firmó el Acta de Independencia en julio de 1811, se le comisionó para que afrontara la rebelión en Valencia, la segunda ciudad de la Capitanía, la que logró reprimir, la contrarrevolución se concentró entonces en Coro y Maracaibo. Procedente de España llegó Domingo Monteverde para emprender la reconquista, la que cumplió con presteza, y que no pudo impedir Miranda quien se había declarado dictador. Luego de alguna resistencia al avance de Monteverde, Miranda fue detenido y encarcelado, luego de estar en diferentes cárceles, murió, víctima de una apoplejía, solo y abandonado.

Así, el libro de Víctor Paz Otero desmitifica, humaniza un héroe y una leyenda, muestra sus peculiares experiencias, pasiones y ambiciones, elementos que le permitieron elaborar un armonioso cuadro estético, al reconstruir un modo de vida pretérito.

Del biografiado poco sabíamos, los tradicionales libros de historia patria, cuando esta se enseñaba en la primaria y secundaria, caracterizaban a Francisco de Miranda como un prócer de la independencia, que había participado en la Revolución francesa, y cuyo nombre estaba en el Arco del Triunfo; rápidamente despachaban sus intentos independentistas, y se enfatizaba en que había sido el primero en izar el tricolor; si acaso algún profesor chismoso comentaba sus relaciones, que solo fue una, con la zarina Catalina II de Rusia. Miranda, en la versión que nos

recrea Paz Otero, es el clásico hombre del antiguo régimen, con pretensiones aristocráticas, muy rococó si se quiere, que supo acomodarse y aprovechar las coyunturas de cambio que le tocó vivir. No fue un revolucionario que hubiese dedicado su vida al ideal de la revolución burguesa, ya que la democracia popular le resultaba incomprensible, nunca comulgó con la idea que el interés individual fuese relegado por el interés general, aunque promovió una nueva redefinición de las relaciones de poder entre los pueblos, pero sin cuestionar el poder de los imperios y del despotismo ilustrado. Luchó, movido por el resentimiento, por arrebatarle las colonias americanas a España, pero “hipotecando” las nuevas naciones al creciente poderío inglés.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

Novela entre otras

Abraham entre bandidos

TOMÁS GONZÁLEZ

Alfaguara, Bogotá, 2010, 212 págs.

DESDE QUE leí *Primero estaba el mar* en una bella y discreta edición aparecida hace años en *Los papeles del goce*, publicaciones casi clandestinas que hacía y aún hace Gustavo Bustamante, el dueño de El Goce Pagano, el legendario bar de salsa que fuera guarida de la bohemia bogotana de las décadas de los setenta y los ochenta, supe que con esa hermosa novela mi generación había saldado de cierta manera una deuda con su pasado, pues esa narración nos incluía a todos. El argumento es más o menos éste: un muchacho que regresa de estar unos años por fuera del país se va a Urabá, en un arrebato romántico, a vivir con su compañera en una propiedad de su padre con el ingenuo propósito de cultivar la tierra y sacar de esas labores el sustento. El desenlace no lo refiero aquí para no malograrle la lectura a los posibles lectores de esta pequeña obra maestra que recomiendo altamente. He sido a partir de esa primera lectura un lector fervoroso de los libros de

Tomás González: *Para antes del olvido, La historia de Horacio, Los caballitos del diablo, El Rey del Honka-Monka* y de su único libro de poemas *Manglares*. Me atrevería a decir que “Verdor”, uno de los cuentos que componen *El Rey del Honka-Monka*, es uno de los mejores cuentos colombianos de todos los tiempos, teniendo en cuenta que ese ha sido tal vez el género que en Colombia más se ha cultivado y que ha tenido grandes, grandísimos aciertos. Ahora Tomás González nos entrega una nueva novela: *Abraham entre bandidos*. Es curioso que alguien como él tome para hacer una novela una temática en apariencia tan manoseada y tan desgastada entre nosotros como lo es la del secuestro, cuando cada pobre policía que se les fuga a las Farc, cada senador o político que es canjeado, desde antes de salir de su horrible cautiverio, ya tiene encima a periodistas y editores para comprarle su historia y sacarla al mercado, hecho que ha acabado por constituirse en un repugnante y abyecto comercio del sufrimiento. Y digo que es curioso que González haya escogido este tema porque él justamente ha sido alguien que ha permanecido siempre por completo al margen de las polémicas periodísticas y literarias en Colombia. Él ha sido de una discreción y distancia abrumadoras, alguien que se ha dedicado en forma silenciosa a escribir y pulir sus obras y ha vivido lejos de los cenáculos y de los mentideros de toda índole. Sin embargo, por más trajinado que sea un tema siempre tiene una segunda oportunidad sobre la tierra, porque lo que importa en el arte son los *cómos*, sin importar tanto los *porqués*. Para comenzar ese secuestro no está ubicado en esta época, sino en la otra violencia –la que llamamos Violencia, con mayúscula, en Colombia como si hubiera sido la peor –la de los años cincuenta, la que siguió al 9 de abril de 1948–.

Abraham llega con su hija y su amigo Saúl a su finca y lo está esperando Enrique Medina, alias Pavor, un bandolero que en la infancia fuera compañero suyo de escuela, junto con todo un escuadrón de bandidos. Se los llevan y dejan a la niña. Abraham está literalmente como en el relato bíblico que antecede a la lluvia de fuego que cae sobre Sodoma y Gomorra.

Toda la novela, dividida en capítulos, transcurre narrando los hechos que se suceden en esa horrible travesía, siempre con la incertidumbre de saber qué sucederá en la página siguiente. Los capítulos de la historia de Abraham se intercalan con el revés de la historia: Susana, la esposa, y el resto de familiares que viven el calvario de no saber dónde están las personas desaparecidas. Como se ve, no es una historia nueva. Tristemente podríamos decir que es un cuento trillado entre nosotros. He oído decir a varios intelectuales que este es el peor libro de Tomás González. ¡Pero es que los intelectuales saben mucho! Es probable que haya otros mejores, no lo voy a discutir, pero éste no es un mal libro, y no es malo porque los únicos libros malos son los que no se dejan leer, y esta novela no nos suelta desde la primera página hasta la última. Tampoco voy a decir que no haya bajonazos en la obra de González –los únicos artistas que son parejitos parejitos, son los que son malos siempre, decía un amigo mío–, ni que “él es el mejor escritor de las nuevas generaciones colombianas” como suelen decir muchos, porque creo que esa es la forma más eficaz, vehemente y contundente de no decir nada. Pero hay no solo un gran sentido del relato y de hacer esa alternancia de historias que mencionaba atrás que, sin que esa sea una técnica innovadora, le da agilidad al relato. Es como si pudiéramos volver a respirar –así sea el aire enrarecido de un sórdido cuarto de tortura– cada vez que nos encontramos con el desesperado transcurrir de los días de quienes esperan en un cautiverio distinto: el de la angustia y el pánico de no saber nada de los ausentes. Habría que destacar una cosa importante, y es el afinadísimo oído del narrador. Don Tomás Carrasquilla decía que para aprender a escribir había que oír hablar a las mujeres –y a los hombres, agregaría yo– pues es de gran sutileza la forma como se engarzan los diálogos; y el tremendo estribillo de Pavor para cerrar cada frase con un burlesco “Si o no Abraham, si o no?” rematado con una risita de hiena. Los personajes están muy bien contruidos. Abraham, Saúl, Pavor, Trescuchillos, Susana, el Piojo –un niño guerrillero que los vigila en su cautiverio, pero que se hace querer tanto de los cautivos

como del lector– etc., pero hay uno que conmueve en particular y es Vicentico el bobo de la familia, quien ya está viejo y reblandecido –si tal cosa puede decirse de una persona que ha tenido limitaciones mentales–. Por la manera tan delicada con que están descritos los momentos en los que, con su risa sin dientes de niño viejo, juega con su madre con el bus de madera pintado de colores, por sus intervenciones en las conversaciones familiares, por la forma como se queda dormido frente al televisor, uno no alberga dudas sobre la existencia del personaje y el amor que le tiene el autor. Es una suerte de Félicité, la criada del inolvidable cuento de Flaubert en “Un corazón simple”.



No creo que sea pertinente aquí tampoco revelar a los lectores de esta breve reseña el final de la novela, bástenos con saber que es una buena novela que mantiene al lector en vilo.

Fernando Herrera Gómez

Un viaje al corazón de la oscuridad nacional

Olfato de perro

GERMÁN GAVIRIA ÁLVAREZ
Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2012,
225 págs.

SIN DUDA, *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, será una de las primeras novelas que muchos lectores recordarán luego de leer esta novela de Germán Gaviria Álvarez, ganadora del Premio Nacional de Literatura Novela inédita del Ministerio de Cultura en 2011. Hay en esta última novela, sin duda, mucho de la